

NOTAS SOBRE LA FILOSOFIA Y LA UNIVERSIDAD

por HAROLD E. DAVIS y HAROLD A. DURFEE
Traducción de GLORIA I. PRADA

Los autores de estas breves notas han leído con cuidadoso interés el excelente *Examen Crítico de la Enseñanza Superior de la Filosofía en América*, que compara varias contribuciones a las series "Filosofía y la Universidad", auspiciadas por la División de Filosofía y Letras de la Unión Panamericana (*). Esperamos poder encontrar una ocasión apropiada para expresar nuestro agradecimiento por el conocimiento y comprensión que estos trabajos nos han dado a nosotros. Pero hasta que llegue la oportunidad, podemos comentar algunas de las cuestiones mayores que nacen de nuestra común empresa y muy especialmente sobre las preguntas formuladas por el Profesor Domínguez Caballero.

Una de las cuestiones fundamentales es la relación existente entre Filosofía y la Universidad. Señala correctamente el Profesor Domínguez en la página 15 de su libro que éste es uno de los temas que más han entusiasmado a los contribuyentes de estas series y que él define como "de la Filosofía y de la Universidad". Nos ofrece algunos comentarios interesantes sobre las similitudes y diferencias entre los profesores Echeverría y Tobías sobre este punto. Hace notar también correctamente que los nombrados autores no han manifestado una preocupación tan fuerte por este problema como sus actuales colegas de Latinoamérica.

* La serie consiste en: Volumen I, Echeverría, José, *La enseñanza de la filosofía en la universidad hispano americana*; Volumen II, Davis, Harold E. y Durfee, Harold A., *La enseñanza de la Filosofía en las universidades de los Estados Unidos*; Volumen III, Tobías, José Antonio, *La enseñanza de la Filosofía en las Universidades brasileiras*; y Volumen IV, Domínguez Caballero, Diego, *Examen crítico de la enseñanza superior de la Filosofía en América*.

Aunque nosotros creemos que la Filosofía cumple un papel fundamental en la Universidad, pensamos que el Profesor Domínguez ha sido correcto en las conclusiones sacadas de nuestros escritos. Como no ha sido realmente nuestra intención sugerir que la Filosofía debe tener un lugar de menor importancia en la educación superior que la que sugieren los profesores Tobías y Echeverría, debemos explicarnos a tal efecto. Sin embargo el problema expresado por el Profesor Domínguez nos obliga a tomar una pronta decisión. El pasaje clave en el que escribimos aparece en las páginas 2-3 de nuestro libro:

“Otra área del problema filosófico en las Universidades de los Estados Unidos fuera de los específicos requisitos del currículum, es de las bases filosóficas en los programas de Artes Liberales y de otras instituciones. Sobre esta cuestión existe una considerable discusión en la educación norteamericana. Muchas instituciones tienden a considerar los programas de Artes Liberales en base a ciertos principios de la fe cristiana, es decir continuando en los colegios el rumbo de ideas que han determinado su fundación. Sin embargo muchas instituciones establecidas por Iglesias han dejado sus orígenes religiosos y muchas otras, privadas o estatales, han sido establecidas sin ninguna tendencia filosófica. Por lo tanto las bases filosóficas de ambas clases de instituciones han pasado a ser poco claras con el correr de los años. En general podemos afirmar que todas las Instituciones de Educación Superior se han basado en principios humanísticos y a veces pragmáticos en lo que se refiere a valores y buscando el bienestar de la humanidad y el Estado, principio fundamental del siglo XIX época en que la mayoría fueron fundadas. En cualquiera de los casos las bases humanísticas y pragmáticas de la filosofía subordinada a ellas no son difíciles de discernir. Sin embargo sería sincero decir que las bases filosóficas de los programas de las Universidades de Artes Liberales en los Estados Unidos son incompletos por el momento y la fecha de cualquier acuerdo parece estar muy lejana. Las diferencias entre estas bases filosóficas de la educación parecen ser tan grandes como aquellas posiciones filosóficas generales que existen en el país”.

El afirmar que las bases filosóficas de la educación son incompletas, no significa por ningún motivo minimizar la importancia de esta cuestión. De todas maneras la diferencia de énfasis sobre la cuestión en varios volúmenes, correctamente anotadas por el Profesor Domínguez, puede muy bien sugerir algunas significativas diferencias entre la educación superior norteamericana y sudamericana. El problema fundamental parece centrarse en las relaciones de la filosofía y el problema del pluralismo.

¿No es acaso que la filosofía en Norteamérica es esencialmente, conscientemente e intencionalmente pluralista? Asumimos que en los Estados Unidos las posiciones filosóficas son variadas, y que en alguna medida en este diálogo sobre las ideas que han ocasionado el gran debate del pensamiento occidental, civilización y filosofía serán aclaradas. La Universidad es el hogar de este debate. Las Facultades de Filosofía alojarán intensionalmente esas diferencias, ya que la Filosofía es un diálogo. La tentación hacia el monismo, es decir el dominio de un solo modo de pensamiento que esté de moda o sea perspicaz y brillante es, en cualquier momento muy fuerte. De todas maneras el país es lo suficientemente grande y sus universidades tan numerosas y de carácter diferente, muchas de ellas privadas o independientes, que hasta la más dominante persuasión encontrará alternativas al ser presentada. Es más, simples departamentos tienden a permanecer dedicados al pluralismo en su propia comunidad.

En los presentes escritos, la filosofía Latinoamericana y las Universidades parecen ofrecer una posición filosófica más unitaria, cualquiera ésta sea, la cual ha sido la predilecta de un específico período histórico. Menor énfasis se encuentra en el pluralismo filosófico, y más aún en la contribución de una perspectiva filosófica particular. Esta perspectiva es una necesaria contribución a la Universidad.

A menos que subestimemos, esta diferencia de conceptos nos guiará a un énfasis comparable en lo que se refiere a los rumbos filosóficos y a las bases de la Universidad en sí misma. En este sentido más monístico, la referencia filosófica puede servir como un soporte a la carrera filosófica para la institución en sí misma y por lo tanto ofrecer una fuerza cohesiva y unificada que las universidades norteamericanas pueden no encontrar. Un fundamental acuerdo a la filosofía pluralista en los círculos de educación superior puede por otro lado sugerirnos que todas las filosofías y no una en particular deben ser la base del programa universitario. Por lo tanto los

rumbos filosóficos de estas instituciones serán menos claros, menos capaces de una formulación filosófica y su contribución a las otras disciplinas filosóficas, menos evidente. Para muchos observadores, por supuesto, esta situación es equivalente a la ausencia de filosofía. Obviamente bajo estas condiciones es difícil exigir estudios filosóficos en sentido formal como parte del curriculum general del alumno.

En sentido más específico, el problema de la filosofía de la educación en sus tres diferentes puntos de vista, ha agitado la escena universitaria en las últimas décadas de Estados Unidos, aunque ningún filósofo de la educación ha logrado ocupar el lugar de John Dewey. Por un lado existe la idea conocida a través del Rector Hutchins, de la Universidad de Chicago y por el experimento del St. John's College, en Annapolis, Maryland, que ha enfatizado el conocimiento tradicional y la cultura como las bases del curriculum de estudios. Este énfasis se identifica con el contenido social de la educación y tiende a reforzar la estructura social y del estado desde su base cultural. Ha sido identificado con la filosofía del personalismo.

La segunda tendencia ha considerado que la función de la Universidad se centra en la preparación de científicos competentes y personal profesional que determinan el avance del conocimiento a través de la investigación. Los que sostienen este punto de vista ven la función de la Universidad como productora de conocimientos, técnicas y personal entrenado esencial para la buena sociedad.

El tercer punto de vista está orientado a lograr efectivos progresos en la sociedad mediante el desenvolvimiento tanto de la conciencia social como del entendimiento social y la competencia profesional de los estudiantes. Es un sentido fundamental, este sentido de acción está orientado filosóficamente. Para la mayoría de sus exponentes siguiendo el ejemplo de Dewey, la educación debe limitarse a esto. En tiempos recientes se ha incrementado esta consideración filosófica y ha determinado que historiadores, sociólogos, economistas, científicos, políticos y naturalistas consideren el proceso educativo como aquel que debe ser llevado a cabo en la sociedad por la universidad y muchas veces en la forma de mantener actividad revolucionaria. Teólogos y filósofos idealistas tienden a abrazar la primera o la tercera de estas tendencias, contribuyendo notablemente a la polarización de la educación superior hacia las ideas políticas de izquierda o derecha.

Las universidades norteamericanas han heredado la mayor parte de las bases y valores tradicionales occidentales, sin embargo la diversidad de este sistema de valores puede ser analizado, y se ha mantenido largo tiempo sobre borrosos rumbos. Modernos y claros conceptos han hecho su propia contribución haciendo más poderosos estos rumbos ya sea por elaboración científica o formulaciones humanísticas. Más aún, la universidad ha sido una parte importante de integración de la cultura, y los rumbos o las ideas en que esa cultura ha sido sustentada han servido para determinar las bases de la universidad, aunque actualmente exista una difícil situación entre ellas. Consecuentemente las ideas teóricas de la moderna universidad pueden permanecer ambiguas o elaboradas dentro de una extensa gama de contextos filosóficos, o simplemente descansar en las bases generales de la cultura. Este problema no es en particular el centro directo de atención filosófica, especialmente cuando el profesional que trabaja en filosofía de la educación es egresado de facultades y escuelas de educación y no de las facultades de filosofía.

La filosofía norteamericana es un problema individual ya que son algunos individuos los que ofrecen una filosofía, aunque no hay duda que en el sentido de institución o de grupo también existe explícita o implícitamente y que en grupos filosóficos profesionales es el filósofo individual que trabaja en problemas de filosofía clásica el centro de toda atención.

El filósofo norteamericano algunas veces siente en sus colegas latinoamericanos una tendencia mayor que la suya a insistir sobre lógica filosófica en el sentido clásico más que psicológico. También puede sentir su tendencia a adherirse y expresarse en altos grados de abstracción. Sin embargo ¿no es igualmente válido demostrar expresiones filosóficas en un modo más discreto de interpretaciones del ser? Comprendemos, por supuesto, que los filósofos norteamericanos como sus contemporáneos del mundo en general están contra todo formalismo. Todavía, para nosotros, ellos parecen estar más interesados que nosotros en lograr normas universales dentro de las diversas formas del pensamiento existencial. Esperamos que este comentario no será considerado como una crítica destructiva, pero hemos deducido por los excelentes y claros comentarios del profesor Domínguez algo de su herencia cultural que insiste más de lo que nosotros lo hacemos sobre lógica abstracta y un grado de reacción a aceptar y vivir con lo desconocido que podría inquietar a los más agnósticos filósofos norteamericanos.

La filosofía en el continente norteamericano parece menos deductiva y más empírica que en Latinoamérica. En el norte se presta relativamente poca atención a hacer derivar una filosofía desde sus primeros principios evidentes, procediendo a aplicar estos principios a las bases de la universidad. Es más, estas posiciones filosóficas son contrarias al empirismo anglosajón y no pueden servir de base a esquemas deductivos de pensamiento. No deseamos ser simplistas, y seguramente la filosofía Latinoamericana no es ni unitaria ni ingenuamente deductiva, pero algunas de estas diferencias parecen prevalecer en la profesión del filósofo tanto como en su relación con la universidad.

Los esfuerzos para clarificar las bases de las instituciones educacionales en los Estados Unidos generalmente han clarificado poco y son, frecuentemente, el resultado de estos compromisos funcionales para obtener un consenso que raras veces resulta brillante. Los cambios en los programas generales de la institución son más significativos cuando reflejan una filosofía institucional. En este punto aceptamos que en la institución son más pragmáticos que filosóficos. Ya sean las universidades públicas o religiosas, las diferencias filosóficas serán lo suficientemente amplias para que la básica proclamación de la orientación filosófica se mantenga ambigua a pesar del serio intento de la institución. Esta diversidad es más mental que sentida.

Sin embargo, en forma creciente, aún desde la publicación de nuestros primeros volúmenes, las enteras bases tradicionales de la educación occidental han sido atacadas seriamente desde el punto de vista de la profunda filosofía naturalista, como se sugiere en las siguientes líneas. La tradición del liberalismo Anglo-Americano, que ha servido de base a la universidad en Norteamérica ha sido seriamente cuestionado. El resultado de este debate es imprevisible, pero la cuestión es suficientemente seria y profunda en su fundamento por lo que no va a desaparecer radicalmente. La cuestión planteada es si nuestras universidades tienen o no una profunda base filosófica que pueda movilizar nuestro cuestionar. ¿Puede el pluralismo que nosotros discutimos ser una voz suficientemente unificada como para defenderse del ataque sin destruir su propia naturaleza? La cuestión tiende también a politizar la universidad ya que generalmente se presenta en una forma de filosofía social, que demanda que la universidad tome partido en la variedad de áreas donde se ha mantenido neutral. En este aspecto podemos acercarnos

a la posición en la cual ciertos antecedentes en años anteriores han forzado a las universidades latinoamericanas. Críticas contemporáneas han expuesto la necesidad de neutralidad y la presencia de acuerdos institucionales en el meollo del intento de neutralidad. Por lo tanto ha aparecido una cuestión relacionada con el entero problema filosófico de neutralidad institucional y de la naturaleza y propiedades del acuerdo institucional. Teniendo en cuenta que el pensamiento norteamericano, como hemos visto, ha sido en el pasado tan individualista como para no aceptar la consciencia de grupos o la decisión y acuerdo institucional, la universidad ha sido forzada a definirse como una institución social y crítica de la cultura circundante. Todos estos problemas han dado amplio campo para el análisis y debate filosófico.

Aunque poco ha sido dicho sobre estos problemas en los primeros volúmenes, el profesor Domínguez comenta correctamente los problemas aquí debatidos. Es de esperar que esta nota sea útil y permita continuar el diálogo entre filosofía y universidad que es para ambos útil.